

EL ASOMBRO ANTE EL FERROCARRIL

“Al frente de nuestro convoy rugían dos remolcadores (...); sus movimientos febriles, el ruido sordo y espantoso de sus entrañas, la negra humareda que se escapaba con estruendo de sus inflamadas narices, todo acreditaba la impaciencia con que esperaban aquellos indómitos palafreneros de cuello enhiesto y cabeza extraña. Cuanto más se acercaba el momento, más terribles bocanadas echaban de humo. En fin, suena la trompeta; los palafreneros sueltan las riendas, el animal se lanza, y ... ¡Santa Bárbara bendita! Pierdo la esperanza de pintaros a lo vivo semejante velocidad. Decir que íbamos más aprisa que el viento, es cosa demasiado común. (...) Al principio quise mirar al camino que devorábamos, pero tuve que renunciar al instante a ello, porque se turbaba mi vista y se me iba la cabeza. Los árboles plantados a las orillas del camino pasaban como balas de cañón, y lastimaban la vista en extremo. Era menester mirar otros objetos más lejanos y ver las aldeas, los bosques, las colinas que huían con una rapidez variable según su distancia, y producían los más extraños enlaces: toda la comarca parecía bailar”.

Diario de Barcelona, 19 de octubre de 1838.